

Una semblanza a vuelapluma*

Germán Espinosa

FUE A MEDIADOS DEL DECENIO DE 1980. El paisaje de mi generación se vislumbraba casi como un yermo en donde sólo asomaran yerbajos despreciables. Acorralados por una crítica autofágica, compuesta por cogeneracionales aupados por la prensa y dispuestos a tolerar tan sólo el compadrazgo o el amiguismo, tres o cuatro escritores luchábamos a brazo partido contra un medio que nos desconsideraba y, en última instancia, abiertamente nos repelía. Sólo dos formas de literatura parecían granjearse el favor de aquellos censores: la que con abyección observara los lineamientos del Partido Comunista o aquella que se acomodase a acatar, con igual servidumbre, las tiranías de la moda.

A fines de la década anterior un grupo de autores habíamos realizado el esfuerzo de fundar una asociación gremial, con la esperanza de acceder a algún género de instrumento de defensa, pero aquélla, a las primeras de cambio, cayó en manos de los comunistas y malgastó todos sus empeños en inflar mediocridades y en asegurarles el tranquilo dominio del mundo de las letras nacionales. Por lo que a mí concierne, cuatro de mis libros hoy más celebrados habían visto ya la luz, sin lograr otro efecto que el de una indiferencia general. Si en la narrativa que se promovía en los medios reinaba el pastiche como una suerte de aturdida divinidad omnipotente, en el campo de la crítica y del ensayo prevalecía cierto sociologismo insustancial, de corte demagógico. Fue entonces cuando, un

día, al hojear una revista literaria, di alborozadamente con el nombre de Rafael Humberto Moreno-Durán.

Aquella publicación se llamaba *Café Literario* y la dirigía, con excelente y nada común discernimiento, el hace años fallecido, pero siempre recordado, Néstor Madrid-Malo. La pieza de Moreno-Durán allí transcrita era un ensayo breve, relativo a la escuela modernista hispanoamericana –uno de los temas que me han fascinado a lo largo de mis días. Ignoro si se trataba de una separata desglosada a su libro *De la barbarie a la imaginación*, pero recuerdo que hallé en ella la visión propia de un espíritu culto y curtido en las templanzas o bien en las flamas de una sumersión en aquello que debe entenderse por fenómeno estético. Aquel texto –muy afín con otro que, ante la apatía colombiana, acababa yo de publicar en una revista de provincia– me revelaba a un auténtico ensayista, *rara avis* en mi generación, a un escritor capaz de mirar un fenómeno literario con una óptica universal y de calibrar un movimiento hispanoamericano con pleno conocimiento del entorno internacional al resguardo del cual supo abrirse camino. En momentos en que las “figuras” más promovidas de mi generación repudiaban el modernismo por juzgarlo ajeno a nuestras tradiciones hispánicas y terrígenas, el ensayo de que hablo apuntaba con tino hacia la consideración equitativa de una manifestación que yo consideraba la *chiave maestra* de nuestro ingreso al ecumenismo.

Una sumaria averiguación me permitió saber que aquel por entonces joven escritor, de quien antes no había oído hablar, vivía hacía como quince años en Barcelona. Que, por lo demás, había publicado ya, en editoriales españolas, unos tres o cuatro libros. En una de esas pequeñas ferias libreras que se realizan en el parque de Santander di unos meses después

* Los textos incluidos a partir de aquí (con la excepción de la nota de despedida de Luz Mary Giraldo) han sido reproducidos del libro: *R. H. Moreno-Durán: fantasía y verdad. Valoración múltiple* (Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2005). Todos se reproducen gracias al gentil consentimiento de sus autores.

con su novela *El toque de Diana*, una de las que componen su trilogía *Femina suite*. Su texto terminó de convencerme: me hallaba ante un cogeneracional de primer orden. Moreno-Durán no sólo sabía utilizar un lenguaje rico y emotivo, sino que dominaba a la perfección los secretos de la estructura literaria moderna y maniobraba sus personajes con la pericia de quien conoce la vida y también los resortes psicológicos que gobiernan el orbe de nuestras acciones. Además, su prosa destilaba, a veces casi con levedad, un zumo humorístico hartamente alejado de la mera zumba y hasta del chascarrillo que infestaban la novela colombiana, y revestido, en cambio, de la elegancia y de la delicadeza que caracterizan el espíritu de un verdadero escritor.

Tuve la fortuna, apenas pasados cinco o seis meses desde aquella experiencia, de conocer en persona a Moreno-Durán en el ámbito de un simposio organizado por la Pontificia Universidad Javeriana, de Bogotá. Creo recordar que fue en el 85 u 86. Él vivía en Barcelona todavía y poseía, sin duda, una *imago mundi* literaria brotada de la cercanía en que había vivido con escritores de España y de toda Hispanoamérica. Una breve conversación sostenida durante un almuerzo en la universidad me llenó de entusiasmo por los puntos de vista

de este colega que trascendía todo el esterilizante localismo que vivíamos en Colombia. Percibí al rompe, por lo demás, que se trataba de un hombre versado extraordinariamente en las letras humanas, alguien para quien no recataban secretos ni las más antiguas vertientes literarias ni las más recónditas corrientes del pensamiento filosófico y político. Luego supe que era graduado en derecho y ciencias políticas, pero que su vocación por la escritura había prevalecido sobre aquellas disciplinas. En forma un poco heroica había ido a buscar en España un ambiente mejor para las obras que iba produciendo y, en ese país, no había tardado en ganarse la vida como asesor de importantes editoriales y como colaborador de enciclopedias muy acreditadas. Posteriormente, debió solicitar permiso a los editores de aquellas enciclopedias para incorporar los textos para ellas escritos en su monumental obra ensayística *De la barbarie a la imaginación*, uno de los recorridos más fascinantes que conozca yo por la literatura de Hispanoamérica.

Muy poco después, Moreno-Durán regresó del todo a la patria y pudimos, así, iniciar una amistad que ha exigido la frecuentación y que se sustenta en una admiración mutua. Cuando leí su novela *Los felinos del Canciller* comprendí que



nuestra narrativa poseía ahora un autor con agudísima capacidad de crítica, no sólo de nuestro presente, sino además de nuestra tradición, y en ese caso concreto de nuestro mundo diplomático, proyectado, para fines de aquella narración, en el marco del decenio de 1940. Su experiencia viajera le permitía, por lo demás, situar la acción de su relato en diversas partes del mundo, en lo cual existía otra evidente afinidad conmigo. Y algo más: advertí que R. H., como cariñosamente lo llamo, no limitaba sus vastos conocimientos al perímetro de las humanidades, como ocurre en tantos literatos, sino que solía extenderse –cosa palmaria, por ejemplo, en su novela *El caballero de La Invicta*, que, dicho sea de pasada, se desenvuelve en la Bogotá del futuro– a campos muy variados como la biología, la medicina u otras áreas científicas. En una narración titulada “Último Informe Kinsey”, de su colección *El humor de la melancolía*, su dominio de la terminología médica y de la patología es realmente impresionante. En otro sentido, sus ensayos de *Taberna in fabula*, que remiten a las tabernas clásicas (de la literatura y de la realidad) para enlazarlas con el acontecer histórico, resultan un muestrario espléndido de su erudición en vastas áreas del saber artístico, como pintura, música, arquitectura, amén de una notable autoridad en la interpretación de la historia.

El regreso de Moreno-Durán a su patria trajo aparejado, a mi ver, un decisivo cambio de óptica con relación a mi generación. Me parece que fue un escrito suyo, aparecido en el entonces *Magazín Dominical* de *El Espectador*, y titulado, según creo recordar, “Por una narrativa disidente”, la piedra de escándalo que denunció la reinante inclinación al pastiche y movió al público lector a adoptar una actitud más crítica respecto a ese tipo de literatura. Al filo de 1987 aquellos autores que arduamente debíamos subsistir en medio de la indiferencia general, comenzamos a ser valorados por los comentaristas críticos y, en una forma realmente asombrosa, vimos cómo el público se volcaba en las librerías en pos de nuestros libros. No logro separar de este fenómeno la circunstancia del retorno del autor de *Femina suite*, así como la aparición de sus novelas, cuentos y ensayos en Colombia. A partir de entonces, si bien muchos falsos escritores aupados por la “crítica” previa han logrado sobrevivir gracias a sus buenas amistades en los medios de comunicación, la verdad es que el paisaje de nuestra generación ha sufrido las alteraciones que reclamaban una valoración equitativa de la calidad.

¿Cómo definir, desde el punto de vista humano, a Moreno-Durán? Conversar con él representa una experiencia a ratos vertiginosa. En el coloquio, suele deambular por la cultura universal como alguien lo haría por su parroquia. No hay en

ello, sin embargo, además arrollador alguno: se advierte en él, al rompe, la naturalidad del escritor y la proximidad del amigo. Como no han faltado quienes, frente a su rara cultura, lo califiquen de pedante, repetiré aquí, con cierto énfasis, que lo es sólo quien finge saber; y él en momento alguno finge, sino que habla con el señorío y la seguridad que le confieren muchos años de lectura incansable. Cualidad que, a mí, se me antoja inseparable del oficio literario y que, por desdicha, no asiste a la mayoría de quienes dicen consagrarse a éste. Tampoco he hallado jamás arrogancia –como tantos afirman– en el talante del autor de *Femina suite*: tan sólo la actitud orgullosa de quien sabe valorarse a sí mismo y exige, por tanto, el respeto del medio en que se mueve. No es Moreno-Durán de esas personas a quienes con facilidad se puede zamarrear. Y eso es todo. Pero vale la pena recalcar que raras veces he visto individuo tan respetuoso de los méritos de sus colegas, ni escritor tan asistido por el auténtico garbo intelectual, que lo aleja de cualquier sentimiento envidioso de esos que, en cambio, parece él despertar con elocuente frecuencia.

Con R. H. Moreno-Durán he tenido el placer de realizar un buen número de viajes. México, Perú, España, Francia. Alemania, Dinamarca, han sido algunos de los hitos de ese periplo literario. En todos esos lugares he experimentado el más sólido orgullo de colombiano, al verlo desempeñarse con altura y con desembarazo aun en los compromisos más exigentes, varias veces al lado de escritores muy prestigiosos de Hispanoamérica y del mundo. Hombre del siglo XXI por sus preocupaciones intelectuales y por la proyección de su obra, creo que constituye al mismo tiempo una de esas criaturas del Renacimiento que compendian, de un modo espléndido, el saber de su época. Su obra, en los últimos años, ha merecido más frecuentes reediciones. Indudablemente, personifica como el que más un momento fulgurante de nuestras letras, antaño traicionado por una crítica mediocre; un momento que la crítica nueva –en especial la que brota de los departamentos de literatura– apenas empieza a digerir, pero que el público, de una manera copiosa, gracias tal vez a esa intuición del lector en quien, a veces, triunfa el instinto sobre el análisis erudito, recibe con entusiasmo creciente y, agregaría yo, con cierto lúcido fervor. •

Publicado en *La verdad sea dicha*, Taurus, 2004

GERMÁN ESPINOSA es cuentista, novelista, ensayista y poeta de origen colombiano. De sus libros podemos mencionar *La noche de la trapa* (1965), *La tejedora de coronas* (1982) y *Romanza para murciélagos* (1999).